

Los misterios de la vida de Cristo

Continuando con el comentario del Símbolo Apostólico, Adolfo Ariza, delegado de Catequesis, se detiene en los Misterios de la vida de Cristo tal y como quedan recogidos en el párrafo 3 del Artículo “Jesucristo fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen” del *Catecismo*.

La enseñanza del *Catecismo* acerca de los misterios de la vida oculta y pública del Señor pone de manifiesto cómo lo que había de visible en su vida terrena conduce al misterio invisible de su filiación divina y de su misión redentora. El *Catecismo* mira, por tanto, en “perspectiva sacramental” a la vida de Jesús: Cristo es el gran sacramento de Dios (cf. CCE 515). No en vano “desde los pañales de su nacimiento hasta el vinagre en su sufrimiento y hasta el sudario en su resurrección todo son signos de su misterio más profundo” (CCE 515). Esta perspectiva puede ser considerada como una auténtica *crisología de los misterios*. En los números que van del 512 al 667 del *Catecismo* se encuentra quizá la síntesis más cuidada de las aportaciones que la teología contemporánea ha hecho en el terreno cristológico. En este sentido, es oportuno recordar el siguiente axioma de **H. Urs von Balthasar**, reflexionando sobre la naturaleza y metodología de la teología: “*La teología es la doctrina del sentido divino revelador de los acontecimientos históricos de la revelación, no sobre ellos, no detrás de ellos, no que se pudieran eliminar, es decir, que cuanto más historicidad se abre a la teología tanto más se desarrolla ésta*”.

La propuesta del *Catecismo* en *Los misterios de la vida de Cristo*, en opinión de **A. Amato**, es una narración, no mera información, ya que la narración de la historia de Jesús en la catequesis ha de ser “*comunicación e ilustración de los misterios histórico-salvíficos del Hijo de Dios encarnado como llamada a la conversión de la existencia pecadora, estímulo a la maduración y crecimiento en la fe, y participación en la comunión con el Dios-Trinidad*”. Considerando en todo momento cómo, junto a la Sagrada Escritura, la liturgia nos acerca también a la contemplación de los misterios de la vida de Jesús. La Iglesia celebra año tras año, desde la Navidad hasta la Ascensión, todo el ciclo de los misterios de la vida de Jesús. En estas fiestas celebramos siempre nuestra participación en estos misterios.

En la introducción, al sintetizar los rasgos comunes de los misterios de la vida de Cristo, se destaca su pro-existencia: “Cristo no vivió su vida para sí mismo, sino para nosotros” (CCE 519). El *Catecismo* subraya la unidad de todos los misterios de la vida de Cristo, pues toda ella es Revelación del Padre, misterio de Redención y misterio de Recapitulación (cf. CCE 516-518), recogiendo así el planteamiento de san Agustín que concibe la importancia de la teología de los misterios de Cristo en esta triple dimensión tal y como queda recogido en el *De vera religione*. El *Catecismo* destaca, también, la importancia soteriológica que en sí misma encierra la vida oculta del Señor: también, en su vida de obediencia y de trabajo, Jesús “repara nuestra insumisión mediante su sometimiento” (CCE 517). Estos años – se insiste – son “imagen temporal de su obediencia filial a su Padre celestial” (CCE 532); son años en que la cotidianidad santamente vivida anuncia ya la entrega del Jueves Santo e inaugura “la obra de la restauración de lo que la desobediencia de Adán había destruido” (*Ibid.*). Ni que decir tiene que igual atención a la riqueza teológica contenida en los misterios de la vida de Cristo se encuentra en el tratamiento del Bautismo del Señor (CCE 535-537), de las

tentaciones de Jesús (CCE 538-540), del concepto de Reino de Dios predicado por Cristo (CCE 541-553), de la Transfiguración (CCE 554-556) y de la entrada solemne en Jerusalén (CCE 557-559).

Pie de foto: En los últimos años, se ha acrecentado el interés por los misterios de la vida de Jesús en cristologías como la C. Schönborn o Benedicto XVI.